Christopher Morley
La librería ambulante
Traducción de Juan Sebastián Cárdenas

PERIFÉRICA
182 PÁGINAS
16,75 EUROS

Narrativa En su primera creación escrita, un joven y algo ingenuo Christopher Morley rinde un estupendo homenaje a la vida y a los libros

La ruta de los libros

ROBERT SALADRIGAS

En un determinado pasaje de esta novela, *La librería ambulante*, que en la versión original inglesa lleva el título menos ilustrativo de *Parnasus on wheels*, la voz de la narradora, una solterona llamada Helen McGill, de 39 años, hasta entonces dedicada a sus labores domésticas en la Sabine Farm, de Redfield, escribe estas hermosas y sensatas palabras: "Creo que leer un buen libro te hace modesto. Cuando uno logra ver con lucidez el interior de la naturaleza humana, cosa que te proporcionan los grandes libros, uno siente la necesidad de hacerse pequeño". Algo así, añade, como mirar la Osa Mayor en una noche de cielo sin nubes.

Leída ahora la primera novela que Christopher Morley (Haverford, Pensilvania, 1890-Nueva York, 1957) publicó en 1917, produce la sensación que describía con agudeza la señorita McGill, es decir, que todo buen libro te hace modesto. ¿Y qué es un buen libro? Pues tal vez un libro que concebido mucho tiempo atrás, casi una eternidad, por alguien menor de treinta años que había ampliado sus estudios de Historia en la universidad británica de Oxford y de vuelta a Nueva York encontró trabajo en la editorial Doubleday, pese a la tremenda evolución de los gustos estéticos sigue siendo, en su compleja sencillez, una obra refinadamente seductora. Creo recordar que John Dos Passos se refirió a Morley –escritor de culto para la generación de la segunda posguerra– como "poeta de lo auténtico". Quizás por eso *La librería ambulante* no es una fábula romántica sobre los libros, la literatura y los buenos sentimientos como *La librería de las nuevas oportunidades* (Lumen), de la autora india Anjali Banerjee. Morley conecta mejor con el estilo antidiscursivo de *La librería* (Impedimenta) de la británica Penelope Fitzgerald, que con materiales muy bien elegidos y manejados construyó un relato exquisito de los que se agarran a la memoria del lector.

Helen McGill vive con su hermano Andrew –diez años mayor– en una granja de Nueva Inglaterra. Ambos eran extraordinariamente felices hasta que los libros acabaron con su apacible vida. Ocurrió que Andrew se puso a escribir historias sobre la felicidad y la naturaleza que todo el mundo leía, con lo cual el peso de la granja recayó por entero sobre las espaldas de la atosigada y furiosa Helen. Pero cierto día –como en un cuento– irrumpe en el patio de Sabine Farm un extraño carruaje en forma de vagón (el Parnaso) tirado por una yegua (Pegaso), acompañada de un perro (Bock), y en el pescante un hombrecillo de barba rojiza llamado Roger Miffin. El singular individuo frecuenta las rutas del condado vendiendo libros a granjeros y vecinos de las localidades cercanas, pero ahora desea reunirse con su hermano en Brooklyn y disponer de tiempo para escribir sus memorias. Sin pensarlo ni aguardar la llegada de Andrew, Helen decide invertir todos sus ahorros en el "Parnaso ambulante del señor Mifflin" y, bajo el asesoramiento temporal de éste, que resulta ser un humanista con ideas propias sobre el mundo y la literatura, se lanza a la aventura de recorrer los caminos rurales en busca de lectores que hagan viable el alocado proyecto de un "Parnaso ambulante de la señorita McGill".

Lo curioso es que si al principio los libros fueron instigadores del infortunio de Helen y quebraron la rutina familiar de la granja –Andrew reacciona como un redomado egoísta–, al final los libros son también los causantes de que súbitamente la señorita McGill descubra la existencia del amor verdadero y una forma para ella inédita de felicidad terrenal. Así es el estupendo homenaje que el por entonces joven –y algo ingenuo– Christopher Morley quiso rendir a la vida y a los libros, o, lo que viene a ser lo mismo, a la vida de los libros y a los buenos libros que contienen la vida y –en opinión de Helen– nos hacen modestos. De manera que *La librería ambulante* puede no ser una novela de gran calibre, pero cuenta una bonita historia nada corriente que transpira honestidad, ironía y optimismo, se lee risueñamente y ha conseguido la proeza de llegar hasta hoy, cien años después, con sus cualidades intactas. Es suficiente.

> Cuenta una bonita historia nada corriente que transpira honestidad, ironía y optimismo

Christopher Morley en 1951
BETTMANN / CORBIS

na "a nadie le gusta salir de Elsinor con tanto viento fuera", o la de Lancastre "la vida es una ratonera, lo real es sólo teatro y nada somos sino la memoria que inventa", ratonera que nos remite a la obra de teatro incluida dentro de *Hamlet* para descubrir quién es el asesino del padre. Lo que nos lleva a dos personaje femeninos extraordinarios, la esposa de Lancastre, Laura Verás, teatral también ella y que representa el mismo papel que Gertrude, esposa del Hamlet asesinado, y Débora, amante del padre y luego del hijo y que claramente ha encandilado también al autor.

Personajes sacados de la realidad, algunos con sus propios nombres, como Montse, de la librería Bernat, Javier Coma, como homenaje al cine, o Mario Gas como homenaje al teatro; o protegidos bajo un nombre llamativo, como el de la crítica literaria Gabriela Boco, "la boca de la maledicencia, la boca de la verdad, la boca de la reseña implacable. Es la reina de la suficiencia, despótica y malcarada". No hacen falta más pistas. Y un escenario muy definido de Barcelona, donde ha encontrado feliz exilio un narrador que ha tratado de huir de "la realidad provinciana que apenas había cambiado en mi país desde los tiempos del Quijote". De este cajón sin fondo surgen el fracaso, el infraleve arte de ser muchos, la sociedad de la pura ligereza, la indolencia, la idílica felicidad escuchando *Under the mango tree*, el homenaje a Oblomov, "personaje radicalmente gandul" de la novela de Iván Goncharov, Laurence Sterne, Scott Fitzgerald o Marcel Duchamp, el espectro, el duelo, la búsqueda de autenticidad y de la realidad última, el desencuentro generacional y una literatura sin etiquetas, vivida como una liberación y una condena, como una indagación y una revelación. La maldición de la madre de Vilnius se convierte aquí en su mejor elogio: "Hoy eres una rareza, un sinsentido. Hoy sólo eres un artista".

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern.: 800.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW